

LENKOV: PERDIDO EN LA TRADUCCIÓN

IGNACIO VIDAL-FOLCH

1.

Durante una reciente estancia en Sofía (Bulgaria) tuve ocasión de conocer el caso de un poeta al que iban a darle un premio, pero en vez de eso lo mataron. O sea, el caso de la desaparición de Grigor Lenkov. Es una historia característica de los modos, secretos y enigmas sin resolver de la Guerra Fría al otro lado del telón, también relacionada con la obra maestra del mayor escritor ruso de todos los tiempos, Pushkin, y también, en fin, con la tragedia de los “desaparecidos”, cuyo destino incierto acentúa el dolor de sus deudos y prolonga en el tiempo indefinido y sin contornos la angustia de la espera, generalmente, por desgracia, inútil. Puedo contar esta historia, este drama, con algún detalle tras hablar largamente con la viuda y la hija de Lenkov, Tzveta y Goryana, y tras la lectura de algunos textos, especialmente el libro *Cómo todo se convierte en dolor e Historia* (un verso de Lenkov), que reúne cartas, diarios y otros documentos del poeta desaparecido misteriosamente a los 39 años.

Encontré la primera noticia sobre este caso en el periódico *Fin de semana*. Publicaban a doble página una entrevista con Krasimir Raydovski, que durante el

antiguo régimen fue diplomático, y por descontado agente de la Darjavna Sigurnost, la omnipotente Seguridad del Estado. Cuenta Raydovski que conoció a la esposa de “Grigor Lenkov, poeta y traductor del ruso; en los años 80 fue a Moscú para recibir un premio literario y allí lo mataron...”

Es la primera voz de los estamentos oficiales que hasta la fecha haya sugerido que la muerte de Lenkov fue un homicidio; aunque Raydovski habla de oídas, cuenta lo que se decía en sus círculos, y los datos que aporta son imprecisos, pues no fue en los años ochenta, sino en junio de 1977, y no en Moscú sino en Leningrado (entonces San Petersburgo) donde el poeta desapareció.

Así pues, según supe, la Unión de escritores soviéticos invitó a Grigor Lenkov, distinguido poeta y traductor de poesía, especialmente del checo y del ruso, a participar en las jornadas de la “Fiesta de la poesía en Rusia”, que aquel año se dedicaba a Pushkin. Algunos circunloquios y sobreentendidos de la carta de invitación daban a entender que durante su estancia en la ciudad se le concedería un premio por su versión del *Eugenio Oneguín*, cuya tercera edición se vendía en aquellos

días en las librerías. Sí, en el Club de los escritores y traductores en Sofía se rumoreaba que los círculos pushkinistas de la URSS consideraban su traducción la mejor del mundo, y que merecía el premio.

Su esposa Tzveta le acompañó en el viaje. Ella era también —es— traductora, del árabe y del ruso. En aquella época estaba trabajando en los ensayos de Marina Tzvetaeva y de Anna Ajmatova y, como suele pasarle a los traductores que estiman cálidamente a “sus” autores, le interesaba mucho conocer algunos de los lugares donde transcurrió la vida, tristísima, de las dos grandes poetisas. Además, Tzveta había traducido otro libro de muy diferente naturaleza: *El corazón del cirujano*, una autobiografía del académico Fiador Uglov, un éxito en la URSS, y se esperaba que también lo fuera en Bulgaria. Uglov ha sido una de las figuras más destacadas de la medicina rusa, un eminente cardiólogo, autor de varias monografías y de 600 artículos científicos, y catedrático de cirugía en la Universidad de Medicina Ivan Pavlov. El cirujano y su traductora se habían carteadado, y ella pensaba aprovechar la estancia en Leningrado para entrevistarse para un periódico de Sofía.

Con Grigor y Tzveta viajó a Leningrado su hija Goryana, en premio a las buenas notas obtenidas en el colegio y para celebrar su décimo aniversario. El cuarto y último miembro de la familia, el niño Marin, era muy pequeño y se quedó en Sofía a cargo de sus abuelos.

2.

El 5 de junio se celebró la sesión inaugural de la Fiesta de la Poesía en Pskov; ante un millar de congresistas, filólogos, académicos, profesores y literatos, Lenkov pronunció su conferencia “Traduciendo a Pushkin”.

Traducir la poesía de Pushkin no es precisamente fácil, y traducir *Eugene Oneguín* mucho menos. Por el contrario, es difícil “como transmitir con palabras la música de Mozart”, según Mijail Chilikov, autor de la versión española para editorial Cátedra. El argumento de esta “novela en versos” es trivial: Eugene Oneguín, un joven aristócrata disoluto, hastiado de sí mismo y de la vida cortesana, se retira a vivir en su hacienda, donde al cabo de un tiempo, por un capricho de orgullo y a consecuencia de una ofensa irrisoria, se bate en duelo con su querido amigo, el joven poeta Vladimir Lensky, y le mata,



Grigor Lenkov

sin querer, destruyendo en el acto su propio porvenir, perdiendo el amor de la mujer a la que ambos aspiraban y muriendo en vida. Dicen que en el destino de Lensky el poeta presagió su propia muerte prematura en duelo.

Como artefacto literario, *Onegin* ya es otra cosa. Sus 5.500 versos se reparten en estrofas de catorce, de pie yambo, organizados en tres cuartetos y un pareado según la siguiente estructura: el primer cuarteto, de versos “cruzados”, es decir, ABAB; el segundo, en pareados, CCDD y el tercer cuarteto, en “anillo”, es decir: EFFE. Y cada estrofa se cierra con un dístico de rimas vecinas.

Esta estructura le permitía a Pushkin moverse con comodidad en regis-

tros trágicos, descriptivos, líricos o bufos, y salir del relato estricto cuando le convenía, para dejar caer una consideración irónica o elogiar las piernas de una muchacha, inolvidables a pesar del tiempo transcurrido. Tales digresiones le dan al relato un delicioso aire casual, como si se hubiera escrito sin esfuerzo para matar el tiempo y para entretener unas tardes lluviosas. Pero por cierto que a sus traductores no les debe resultar tan fácil mantener en otro idioma esa estructura. Traducir poesía del ruso al búlgaro (o igualmente al español) ya de por sí es extremadamente difícil, porque aunque ruso y búlgaro tengan muchas raíces léxicas comunes son lenguas completamente diferentes por su estructura

gramatical. El ruso es un idioma sintético: las relaciones entre las palabras en la oración se expresan a través de casos. El búlgaro, en cambio, es un idioma analítico: las relaciones sintácticas se expresan con la ayuda de preposiciones, al igual que en el español. La lengua sintética ofrece más posibilidades para la versificación. Lenkov, aun traduciendo de un idioma “cercano”, tuvo que superar las increíbles dificultades que están establecidas en la naturaleza misma de las dos lenguas, para obtener el ritmo, la rima y la música del texto original sin perjudicar el sentido y sin violentar su propia lengua.

Los traductores de *Eugenio Onegin* a muchas otras lenguas se han resignado a la prosa. Por ejemplo, Nabokov en su célebre y polémica versión en inglés. Otros han traducido verso por verso, pero han tenido que renunciar, claro está, a “la estrofa oneguiana”, el famoso “yambo de Pushkin”, y entonces la música desaparece por completo. Dicen que la versión de Lenkov es prodigiosa. Un logro. Y luego: “Fue a Moscú a recoger un premio y allí lo mataron.”

3.

La noche del 6 de junio el matrimonio y su hija cenaron en casa de unos amigos rusos, con otros invitados. A la mañana siguiente Lenkov seguía reprochándose por haber hablado demasiado abiertamente ante sus anfitriones sobre Ajmátova, sobre Gumilyov (poeta, esposo de la anterior, fusilado en 1921 por orden expresa

de Lenin), sobre Tzvetava y sobre otros poetas y disidentes, y arrepentido de la imprudencia se proponía enmendarse, despachar los compromisos pendientes y regresar cuanto antes a casa. De acuerdo con él, Tzvetava concertó una cita con Uglov para entrevistarle aquel mismo día en el hospital donde trabajaba.

Nada más pisar la calle, Lenkov se sintió mal, sufrió unas convulsiones muy fuertes y se desplomó sobre la acera. Su esposa, tras superar un momento de pánico e intentar en vano recuperarle, salió a la calzada e intentó parar un taxi, pero no circulaba ninguno por los alrededores. Finalmente un Lada particular se detuvo junto a la acera; el conductor se hizo cargo de la situación y se ofreció a llevarles al hospital de Uglov.

Allí Tzvetava explicó que su marido sufría alucinaciones. Uglov le examinó el corazón, le sometió a un electrocardiograma y aunque no percibió nada serio, salvo que la presión arterial estaba baja, sugirió ingresarlo para mantenerle bajo observación médica y ordenó que le administrasen una inyección. Luego llamó al médico jefe del hospital para que organizase la hospitalización. Tzvetava y Goryana acompañaron a Grigor a la habitación y tras acomodarlo en su lecho, inquietas pero confiadas en la medicina soviética que en el bloque del Este tenía la reputación de ser la mejor del mundo, volvieron al hotel.

Tzvetava llamó a los mismos amigos rusos con quienes habían cenado la víspe-

ra para que cuidasen de su hija durante su ausencia, y luego volvió al hospital junto con Olga Basova, una funcionaria de la Unión de escritores soviéticos encargada de acompañar a Lenkov durante su estancia en los Días de la poesía.

—¿Lenkov? —la recepcionista consultó el libro de registro—: Aquí no tenemos a ningún Lenkov.

—Claro que está aquí. ¿Cómo no va a estar, si yo lo he traído hoy mismo? El mismo académico Uglov lo ha ingresado. Fíjese bien, por favor.

—Precisamente Uglov acababa de pasar por allí —dijo la recepcionista— ¿No lo ha visto usted?

Tzveta se quedó confusa, era imposible que el cirujano se hubiese cruzado con ella y no la hubiese visto. En este momento viendo que el médico jefe bajaba por la escalera, se acercó a pedirle que los dejara pasar, pero él la interrumpió con voz gélida:

—Su marido ha muerto.

Era evidente, explicó el médico jefe, que el paciente sufría una profunda depresión y probablemente al quedarse solo, en un ámbito extraño y aislado de los suyos, había entrado en un trance de dolor mental insostenible... y había puesto fin a su vida.

Era una idea tan extravagante que a la mujer le pareció que había oído mal. Desde luego algo no cuadraba, se había producido una confusión en algún lugar y el médico se refería a otra persona, a algún desconocido. ¿Grigor, deprimido, suicida? No, él era un hombre alegre y no estaba en absoluto deprimido.

—¿Pero de qué me está hablando?

—Se ha tirado por la ventana.

—¿Por la ventana? ¿Qué ventana?

—La ventana de su habitación.

—Pero si era sólo un segundo piso. Y además en su cuarto había otros enfermos.

—En aquel momento estaba solo. Los demás pacientes habían salido fuera y estaban jugando a *shashki* (damas)...

Tzveta rompió a gritar. Una enfermera se acercó a darle una infusión de valeriana, pero ella la rechazó con un ademán. Entonces la enfermera le espetó:

—¿Recuerda que esta mañana él hablaba de un profesor americano con quien mantenía correspondencia?

Tzveta se quedó anonadada. Efectivamente, cuando lo dejó en el hospital Grigor estaba hablando de Pasternak y de *Doctor Zhivago*; no mantenía correspondencia con ningún profesor americano, pero era cierto que un estudiante americano a quien había conocido en una Escuela de Verano, durante una de sus estancias en Praga, le había regalado un ejemplar del libro prohibido. ¿Pero a qué venía mencionar aquello como una acusación en aquel momento?

A gritos reclamaba Tzveta ver el cadáver de su marido.

—Ahora no es posible —dijo el doctor—, aún está en el quirófano.

La llevaron a una salita, donde un investigador la sometió a un interrogatorio del que ella, que se hallaba en estado de shock, sólo recuerda que le castañeteaban los dientes y repetía “no sé

nada, yo no estaba presente, sólo sé que Grigor se reprochaba por haber mantenido ciertas conversaciones...” Luego, como en un sueño, los amigos, o quizá Olga Basova, la cogieron de los brazos —porque ella ni siquiera podía despegar los pies del suelo— y se la llevaron a rastras como a un animal sacrificado.

Al día siguiente, algo recompuesta, intentó desesperadamente encontrar a Uglov, pero nadie contestaba al teléfono de su casa. ¿Le habría sucedido algo malo, también a él?

4.

Más tarde le dijeron que se le permitiría ver el cadáver cuando ella llevara su ropa a la morgue. Pero luego resultó que no pudieron complacerla en esto, supuestamente porque a consecuencia del impacto contra el suelo el rostro de su marido había quedado horriblemente desfigurado. Como ella porfiaba y se empeñaba en verlo, argumentaron que no podían permitirlo “por una cuestión de humanidad” y que de todas maneras el ataúd con el que sería repatriado tendría una ventanilla, a través de la cual podría verle.

Finalmente, antes de partir de regreso a Bulgaria Tzveta logró contactar telefónicamente con Uglov. Con un tono de voz que ella no le había oído nunca, impaciente y un poco impertinente, el hasta entonces cordial cirujano declaró que había consultado con el hospital “el caso de su marido” y que no había motivo para alterarse pues el suicidio no tenía nada de

extraño, dada su adicción.

—¿Cómo, Fiodor Grigorievich?

—Enajenación, brotes de demencia, delirios, depresión... Son síntomas clásicos de las crisis alcohólicas.

—Pero qué dice, doctor... ¿Si Grigor no bebe!

No. Nunca más volvió a ver ni a hablar con el eminente cirujano.

En el avión a Sofía donde también viajaba el féretro herméticamente cerrado y sin ventanilla que supuestamente contenía los restos de su marido, se sentó en la butaca contigua a la de Tzveta un hombre atlético y sonriente que se presentó como “VladLen” (contracción de “Vladimir Lenin”).

—Me llamo Vladlen, o sea Vladimir Lenin, pero no soy del partido —dijo con buen humor—. Les acompaño a Sofía... y explicaré lo que le ha sucedido a su marido.

Ella le pidió que por lo menos no se sentase a su lado. Sin hacerse de rogar el otro se mudó a otra butaca, unas filas más atrás.

Nada más desembarcar, un coche oficial se llevó a Vladlen a la sede de la Unión de Escritores, en la calle Angel Kanchev, donde contó la primera versión de su historia:

“El poeta Lenkov fue ingresado en el hospital después de que armase un escándalo con su mujer. La pareja estaba pasando una mala época, tenían fuertes desavenencias... Él, desesperado, se tiró por la ventana...”

En los círculos literarios, donde presentaban a Vladlen como “un camarada” del Departamento de

relaciones internacionales de la Unión de escritores soviéticos, contaba otras versiones: en un sitio decía que Grigor había sido alcohólico, y que en un acceso de locura se había quitado la vida; en otro, hablaba de una depresión nerviosa congénita, larvada hasta el día en que, encontrándose solo, en el hospital... Eran tan diversas las versiones que difundía y que luego le llegaban a Tzveta, que ésta juzgó que era un intoxicador incompetente, y sólo años más tarde acabó comprendiendo que a Vladlen le daba casi igual que la gente creyese o no en sus historias, pues lo importante era ponerlas en circulación, para que se difundiesen y contradijesen y confundiesen y lo que de verdad pudo haber pasado y lo que pasó fueran sólo dos versiones más: no un hecho cierto sino una confusa posibilidad. Cumplida su tarea, "VladLen" desapareció y desde entonces no se le ha vuelto a ver.

Mientras tanto el féretro venido de Moscú era conducido al cementerio central de Sofía sin que nadie pudiera comprobar qué llevaba dentro. Slavi, el hermano de Lenkov, sobornó a un sepulturero para que le dejase solo con el féretro antes de inhumarlo:

"Al cabo de un momento regresó con una azuela y una palanca, y yo le dije que si quería podía presenciar lo que yo me disponía a hacer. Pero él dijo: 'Toma estas herramientas, ahora son las 18 y 18 minutos. Voy a cerrar la verja desde fuera, porque si alguien se entera de lo que estás haciendo aquí dentro a mí me

fusilarán y a ti te quemarán en una pira. Ten en cuenta que el ataúd viene de la URSS y nosotros estamos tratando de abrirlo. Sólo de imaginar que nos pillan se me ponen los pelos de punta. Volveré a las 18.45, y entonces tú desaparecerás.' Entonces yo retiré la colgadura roja, inserté la palanca y apreté, pero no sirvió de nada. Inserté también la azuela, y entonces la tabla cedió. Con muchos esfuerzos pude desclavar la primera tabla. Los clavos eran largos y ganchudos. ¿Qué vi? Una lámina de metal. Metí la mano, pero no encontré ninguna ventanilla en el metal. Desclavé otra tabla y vi un ataúd cubierto de zinc. Estaba muy húmedo. Toqué con la palma de la mano y sentí el frío intenso: seguro que había estado en un frigorífico. No había ventanilla, aunque a Tzveta le habían dicho que iba a poder verle. Mentira."

5.

Transcurren unas semanas. A través una pariente que trabaja en la Fiscalía General del Estado llega de la Fiscalía Suprema Soviética, en Moscú, la confirmación oficiosa de que lo que ya algunas voces a través de la Unión de Escritores le habían adelantado a Tzveta: en realidad lo que sucedió en el hospital fue que se cometió un error médico. El tratamiento administrado a su marido, un vasoconstrictor en lugar del vasodilatador que precisaba, le provocó un ataque cerebral; cuando el personal médico advirtió el error procuraron contramedicarlo y operar-

le de urgencia, pero todos los esfuerzos fueron vanos; falleció en el quirófano. Luego se puso en marcha una investigación interna, se depuraron responsabilidades, algunos médicos fueron castigados e incluso uno fue despedido.

Cada día la viuda se presenta en una redacción o en una editorial, telefona a los amigos y les repite: "Le han matado, y dicen que se ha suicidado". Todos la escuchan, se conduelen, se encogen de hombros, y dicen que no hay nada que hacer. Corre el rumor de que la angustia la ha vuelto loca y por eso va y viene por la ciudad propagando un sinfín de barbaridades.

Por mediación de un amigo de Grigor, Tzveta conoce a Dimitar Skenderov, abogado con buenos contactos en altas instancias de Moscú. Éste acepta sondear el caso y al cabo de unas semanas la convoca en su despacho para decirle que "Ellos", los rusos, habían cometido una serie de torpezas, irregularidades y abusos; por ejemplo, era contrario a ley vetar todo acceso al cadáver y las condiciones en que el ataúd había sido transportado a Sofía... Se puede presentar una denuncia contra el hospital y seguramente contra otras instancias estatales, y hay posibilidades de ganar. Y se puede solicitar una exhumación para comprobar lo que contiene. Pero Skenderov lo desaconseja.

—Mire, yo le recomiendo que no haga nada que pueda parecer hostil a aquella gente. Porque se trata de gente poderosa, rencorosa y malvada. Tiene usted hijos, ¿verdad?

—Sí, dos, Goryana y Marin.

—Bueno: si humillamos a esa gente se vengarán de usted en sus hijos. Los destruirán, parecerá un accidente y usted ni siquiera sabrá cómo ha sucedido.

Tzveta se toma muy en serio la advertencia y renuncia a pleitear. Ahora tiene que resignarse y resolver la precariedad económica en que le ha dejado la viudedad. La posibilidad de un empleo docente en Cuba es una oportunidad tentadora para resolver sus problemas de dinero y poner algo de distancia, siquiera física, con el pasado.

6.

Tzveta, Goryana y Marin regresaron de Cuba al cabo de unos años, en 1984. La chica cursó estudios universitarios de filología checa en las mismas aulas de Filología en que había estudiado su padre, pero ella se prometió no traducir nunca textos de nadie. Se casó. Tuvo un hijo. Se divorció. Encuanto a su hermano Marin, demostraba talento en el dibujo y vocación de artista y se matriculó en la escuela de Teatro y Cinematografía. Algunos dibujos suyos que representan máscaras inspiradas en Goya y en Ensor, ilustran las cubiertas y contraportadas de las Poesías Completas y del Álbum de fotografías, correspondencia y documentos de su padre publicados en Sofía en el año 2002, de donde proceden algunos de los datos de este reportaje.

Tzveta tradujo el clásico árabe "Kalila y Dimna" en una edición primorosa. Se

jubiló. La vida, en fin, seguía, mientras la Historia europea aceleraba vertiginosamente. En todo el área socialista los tiranos fueron destronados. Todor Zhivkov, el líder más longevo, 35 años detentando el poder, desde 1954 hasta 1989, sufrió un golpe palaciego y en su trono fue colocado un filósofo, Jeliu Jeleu, para iniciar la transición al capitalismo democrático.

En 1994 a Tzvetta le pareció que ya había pasado el peligro de reabrir el caso, tan antiguo, de la desaparición de su marido, de modo que cursó en la Fiscalía Nacional la solicitud de exhumación.

Mientras aguardaba la respuesta de las autoridades, una noche de otoño, su hijo Marin, de 20 años de edad, hallándose en la fiesta de cumpleaños de una amiga, en un quinto piso, cayó al vacío y falleció.

¡Caído de un balcón, sin testigos, como en réplica a la presunta muerte de su padre, y en cumplimiento de las advertencias que le hizo a Tzvetta el abogado Skenderov!

Al cabo de una semana le llegaba a Tzvetta una comunicación de la Fiscalía denegando la reapertura del caso y reiterando la versión oficial de lo que le pasó a su marido 17 años atrás: suicida en Leningrado. Caso cerrado.

Y aquel mismo día un periódico de Sofía daba noticia del nonagésimo aniversario de Uglov. He podido ver esa entrevista en la que el eminente cirujano explica, entre otras cosas, que está casado con una mujer mucho más joven y

que a pesar de su avanzada edad no sólo sigue en activo y operando sino que también sigue haciendo el amor un par de veces a la semana. En la foto se le ve embozado en el quirófano, inclinado sobre un cuerpo humano, sosteniendo en el aire pinzas y bisturí, en plena operación, suspendida un momento para que le retraten, está mirando a cámara, pero las gafas y la mascarilla de tela ocultan por completo la expresión de su rostro.

No podría poner punto final a estas líneas sin reproducir unos versos de Lenkov. Es curioso que el último poema que escribió (aquí en traducción del escritor mexicano Reynol Pérez Vázquez), el 21 de febrero de 1977, cata-rata de yambos dolientes que llevan como epígrafe la frase de los "Tristes" de Ovidio que dice "perecí por mi talento", presagiase: "El mundo ignorará dónde está mi tumba":

ELEGÍA PONTICA

... *perecí por mi talento*
(Tristes, III, 3, 74)

Por esta costa caminó
Ovidio, / con la vista
puesta en el sur, hacia
allá, donde / el mar se
alza hasta el cielo / como
un último muro fatal.

... Arrojado aquí por la
ola ciega, / sepultado vivo
en este bárbaro desierto,
/ qué te ha quedado: es-
cuchar / cómo suena el
rompeolas en los male-
cones.

La luna pesa. Sube la ma-
rea, / ola tras ola vuela al

galope / como yeguada
de agobiantes preguntas /
que expiran a tus pies.

Pero sordo es el que fra-
gua en Roma / un vere-
dicto contra ti y tu verso
melodioso... / Aquí los
ríos corren de sur a norte,
/ todos los vientos soplan
al revés.

El mundo no sabrá dónde
está tu tumba, / tu polvo
no se mezclará con la tie-
rra natal... / Frente a los
intereses del emperador /
¡el poeta es más insignifi-
cante que un esclavo!

Pero por encima de desti-
nos, tierra y aguas, / por
encima de los césares, el
tiempo y el espacio / ye-
rra como un cometa den-
tro de las almas / el verso,
voz sufrida de la libertad.

Ya es agosto otra vez.
Largas bandadas / de aves
giran en el cielo como
una nube oscura / y su
chillido silencia tu llanto
/ y tu gemido arrancado
de la sangre.

Ellas tienen dos patrias,
tú una sola, / Ellas regre-
sarán aquí en primavera.
/ Pero tú eres un ave caída
en pleno vuelo / desde su
intrincada bóveda celeste.

Ya es agosto otra vez.
Plateados puñales / des-
garran de noche el fir-
mamento... / Late, late
tú, corazón, envuelto en
pesar, / mar de aflicción,
¡ruge! ¡ruge!

¡Abre tus cerrojos, hori-
zonte sin límites! / Jun-
cos, ¡alzad sutiles flautas!
/ Olas, ¡desatad vuestra
furia! Fuerzas naturales,

¡volcad / en mi alma la
tristeza de Nasón!

En este mundo no todo
ha de morir. / En este
mundo no somos huéspe-
des casuales. /... El fósfo-
ro de sus blancos huesos /
hace que resplandezca al
alba / todo el mar ■

21 de febrero de 1977

Ignacio Vidal-Folch es periodista.